

Es ya un hábito entre los *capitalistas* protestar diariamente por los impuestos que pagan y las cuotas que aportan al bienestar social. Incluso llegan a quejarse de que tienen dificultades para encontrar mano de obra sin tener en cuenta las condiciones que exigen para dar empleo: que sea flexible, barata, temporal, adaptable a turnos, distancias, y diferentes usos; pero eso sí, sabiendo idiomas, informática, titulación universitaria, alto nivel profesional, etc. En una palabra, quieren mirlos blancos sin dedicar un duro a enseñarles a cantar; piden al Estado gente preparada, pero a expensas del erario público.

Sin embargo, los empresarios/empresas no se paran a reflexionar de dónde sale toda la clase de ayudas que reciben del Estado en forma de deducciones fiscales, subsidios, bonificaciones, planes especiales, ayudas sectoriales, etc. A su vez, fingiendo males, siempre están pidiendo subvenciones: se quejan por pagar y se quejan por no recibir; quieren cobrar sin contribuir; padecen el *síndrome de la avariciosa mendicidad empresarial*. Ejemplos de esta permanente queja/petición los encontramos: en el sector agrícola, si se pierde alguna cosecha (fruta, vid, cereales, verduras) por mal tiempo (heladas, granizadas, tormentas, sequías, riadas), entonces mendigan ayudas; en el sector del transporte: si sube el petróleo, mendigan subvenciones los transportistas y los agricultores; en el sector de la pesca, si hay que hacer un paro *biológico*, mendigan un subsidio las empresas pesqueras; en la zona del turismo (y actividades de montaña), si hace ‘mal tiempo’ en verano, o ‘bueno en invierno’, mendigan contribuciones para paliar la caída de ingresos del sector. Los empresarios del sector primario, del industrial y de los servicios quieren que se eliminen las cuotas que aportan por sus empleados y trabajadores a la Seguridad Social; y el sector bancario no quiere que le toquen las comisiones que cobra por la administración de cuentas de ahorro, ni las deducciones fiscales que se otorgan a los planes privados de pensiones, los planes privados de inversión, y un montón de otros activos financieros. Como una sola clase, todos quieren ver reducidos los impuestos directos y aumentadas la inmensa variedad de ayudas que reciben.

Cómo contrapunto a toda esta actitud de los *acaudalados indigentes* que mendigan diariamente al Estado, destacamos la desaprobación del Estado del bienestar actual que planteó uno de sus representantes más destacados: Alfredo Sáez, director del Banco Santander Central Hispano, que declara ganar anualmente alrededor de 5 millones de euros, y de llevar acumulados cerca de 200 millones de euros para su pensión privada de jubilación, manifestó públicamente en los diarios que había que acabar con las ayudas sociales de todo tipo que tan generosamente se aplican a los colectivos de pensionistas, personas con invalidez, parados, grupos maltratados y empobrecidos, o servicios públicos como la educación y la sanidad. Hay que tener cara de desvergüenza, desfachatez de facha, cinismo de indecencia, deshonestidad de insolente; en palabras más llanas, hay que ser un hijo de la gran p... para pedir estos recortes del gasto público social que tanto favorece el bienestar de la población.. ¡Son las obligadas paradojas que tenemos que aguantar los ciudadanos dentro del sistema capitalista! ¿Hasta cuándo?

Barcelona, marzo del 2005